Las llaves de mi habitáculo terrenal

Madelein Marlye Escobar Castrillón

Tengo tres corazones, aún íntegros, unidos a mí y a mis compañeras, que representan las conexiones afectivas que se han construido a lo largo del tiempo en esos lugares a los que podemos acceder. Somos varias, sin embargo, no fuimos diseñadas para espacios diferentes de este territorio transitorio, como se pensaría.

Al menos dos, trabajamos para un mismo espacio terrenal separado solo por un armado de adobe que asciende y reta a la actividad física, a la atención, a la precaución y al equilibrio.

Existe al menos una de la que no hay memoria de su origen o función. Me ha tomado el tiempo transcurrido entre dos estaciones del Metro recordar, que aún vive un engranaje que la espera con ansia, uno que aunque presente no se usa ya, como si no se valorara su existencia. Hay que considerar que ejecutar la abertura del que sí se usa, es ya de por sí un evento traumático, ensordecedor, desgastante para la energía que implica iniciar el día fuera de casa. Es como si gritara el dolor, como si el metal se desgarrara del ensamble, o tal vez, deseara estar inactivo, pasivo, al menos por un tiempo largo del día, equivalente a su compañero de puerta no usado.